

MANUEL BELGRANO: Al final sólo era un hombre con principios. Ni más ni menos.

Hace un par de décadas, el presidente del país más importante del mundo, les dijo a sus conciudadanos en un discurso memorable:

“No preguntes lo que tu país puede hacer por ti; pregunta lo que tú puedes hacer por tu país”

John FitzGerald Kennedy

Esta cita, salvando las diferencias en el orden de la temporalidad, bien podría atribuirse al pensamiento que guió los pasos del General Manuel Belgrano.

Un estudiante brillante que se formó en las ideas liberales de la época, no pensó en ningún momento, utilizar sus conocimientos a favor de los intereses de España en América. Él sabía que se estaba gestando un movimiento político nuevo y sin dudarlo fue capaz de entregar absolutamente todo, hasta su propia vida.

Belgrano vivió honradamente porque no concebía ser de otra forma. La libertad era -para él- cumplir con su deber, al frente de un ejército victorioso o derrotado, en una misión diplomática o al fundar pueblos y escuelas. Se preocupó por la educación pública y de las mujeres-, al redactar reglamentos como abogado, periodista, estadista o político.

Fue un civilizador, un hombre de una personalidad riquísima, de un patriotismo fuera de la escala normal.

Esa generosidad, ese espíritu para fundar la patria lo definió por completo. Era un hombre rico y se quedó pobre. Era un hombre de paz y, por la Revolución, se convirtió en un hombre de espada”.

Cuentan que, durante su campaña al Paraguay, marchó con su pequeño ejército, recorrió campos desiertos, cruzó ríos, soportó lluvias torrenciales y llegó a la costa del Paraná. Allí tomó otras de sus medidas a favor del bienestar de las poblaciones.

Esta vez se trataba de los pueblos indios de las misiones, a quienes encontró sumidos en la miseria y la degradación. Acto seguido, dictó un reglamento que reconocía la plenitud de los

derechos civiles y políticos a los pueblos originarios, la disposición de la tierra y la facultad para ocupar cargos políticos y eclesiásticos.

“Sin que se ilustren los habitantes de un país, o lo que es lo mismo, sin enseñanza, nada podríamos adelantar”, escribió en 1798, en su **Memoria del Consulado**. Para él, el fin último de la educación era el **trabajo**, que a su vez constituía la “**emancipación de los pobres**”, quienes no tenían más que su fuerza personal para generar riqueza.

¡Cuánto nos interpelan hoy, a todos los argentinos, estas palabras!

Qué mensaje tan contundente el de aquel hombre que, en tan sólo quince años de vida pública, nos dejó el mejor ejemplo de sacrificio personal en aras del bien común. Es que los hombres como Belgrano no actuaban en pos de satisfacer un interés individual, y ni siquiera, generacional. Ellos pensaban que el fruto de sus esfuerzos no era para los hombres y mujeres de su época. El fruto de ese sacrificio lo verían las generaciones futuras. Por eso fueron verdaderos padres de la Patria que no esperaban nada de su país, simplemente porque a ellos les tocó fundarlo.

Entonces, ¿Cuál es la misión que le compete a los argentinos que hoy nos toca escribir esta página de la historia? ¿Será el momento de preguntarnos qué podemos hacer cada uno por la patria?

¿Estaremos dispuestos a hacer sacrificios cuyos resultados no vamos a ver ni disfrutar?

La patria, la nación, podría describirse como una empresa que se realiza en la historia a través de una sucesión de pueblos.

El “pueblo” es el conjunto de contemporáneos. Pero la nación es “patria”, tierra de los padres; porque abarca no sólo al pueblo actual, que vota y decide su destino cuando vive en democracia, sino también a los pueblos que ya fueron, los padres, y a los pueblos que serán, nuestros hijos, a quienes legaremos la patria.

En cada pueblo conviven varias generaciones. Según Ortega y Gasset, las generaciones irrumpen cada quince años. No son sólo contemporáneos sino también coetáneos, de la misma edad.

Profundas y complejas relaciones se despliegan entre las generaciones y entre los pueblos.

Hay generaciones conservadoras y generaciones de ruptura. Hay pueblos que se sacrifican en la guerra o trabajan en la paz por la continuidad de la nación.

Hay pueblos y generaciones egoístas, que se lo gastan todo, ignorando esa crucial dimensión de la justicia que es la inversión: no ya el deber de dar lo suyo a los que viven hoy, sino el deber de reservar lo suyo a los que todavía no están.

He aquí la diferencia entre valor y sentido: nuestro valor dependerá de lo que hagamos con nuestra vida; nuestro sentido, en cambio, será la huella que dejemos al partir.

Cada vez que un padre educa a su hijo, cada vez que un empresario invierte en un proyecto, cada vez que el legislador vota una ley basada en el bien común, cada vez que se planta un árbol, alguien está pagando una deuda a los que vendrán. Pero cada vez que descuidamos las inversiones o la educación, cada vez que gastamos a cuenta lo que nos dejaron para gozar del presente, estamos cargando las espaldas de quienes nos sucederán.

Los pueblos decadentes se comen la herencia, dejando a sus sucesores la carga injusta de empezar de nuevo. Los pueblos íntegros ponen el pecho en nombre de las generaciones que vendrán. ¿Por quienes vivieron y murieron nuestros próceres? Por nosotros, a quienes no conocían. Murieron por la nación.

Cuando recordamos las frases más célebres del Creador de la Bandera, advertimos la vigencia que aún tienen a pesar de los años y se vuelve imprescindible recordarlas:

“Sólo las personas que han recibido educación son verdaderamente libres.”

“Mucho me falta para ser un verdadero padre de la patria, me contentaría con ser un buen hijo de ella.”

“Sin educación, en balde es cansarse, nunca seremos más de lo que desgraciadamente somos.”

“Fundar escuelas es sembrar en las almas.”

En esta década, recorrimos el Bicentenario de la Revolución de mayo de 1810, también el Bicentenario de la creación de la Bandera en 1812, luego el Bicentenario de la Declaración de nuestra

Independencia, y el año próximo, se cumplirán doscientos años de la muerte del ilustre Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano. Aquel 20 de junio de 1820, la sociedad no se enteró de su deceso debido a la turbulencia de la anarquía en la que se sumía la nación. Quien había donado los veinte mil pesos que le correspondieron por sus triunfos en las batallas de Salta y Tucumán, no tenía dinero para pagar a su médico. Lo sorprendió la muerte, en soledad y olvido, tanto que un solo periódico de Buenos Aires (El Despertador Filantrópico) lo mencionó mezquinamente.

Pero no terminaron allí las afrentas. Ochenta y tres años después, sus restos fueron exhumados y trasladados a la Iglesia de Santo Domingo, donde yacen en la actualidad. Tal fue la sorpresa e indignación de la prensa cuando dio a conocer que el ministro del Interior Joaquín V González y el General Pablo Ricchieri habían robado los dientes del General Belgrano e intimaron, ante este aberrante hecho, a los dos funcionarios a devolverlos.

Afortunadamente, la historia argentina cuenta con hombres y mujeres honorables, conocidos y no tan conocidos, que con su lucha denodada fueron y son una fuente de inspiración en nuestra tarea de dibujar la Argentina. Las realidades de hoy son las utopías de ayer.

El desafío es que la Argentina se desarrolle, siendo más y no menos ella misma. Con un estilo propio. Lo que estamos creando no es sólo un país, un paisaje próspero. Lo que estamos obligados a crear es un sujeto histórico, un "nosotros" que albergue a cada "yo", una personalidad colectiva que se despliegue a su modo ofreciendo al mundo la sorpresa de una nueva manera de vivir. "Una nueva y gloriosa nación"